

gió á la costa, precisamente cuando ya volvía el bote enviado por Dávila. Venía en él una mujer jamaíquina que había caído cautiva en Yucatán, y que había estado sometida á la más áspera servidumbre, según menudamente detalló en la narración que hizo á Grijalva de su cautiverio. Fastidiada del maltrato de sus señores, se había escapado; y caminando por entre breñas y maleza había acertado á alcanzar la costa, pensando encontrar alguna embarcación que misericordiosamente la recogiera. La fortuna quiso que saliese á la costa cuando desde ella se columbraba la nave de Dávila; y, temiendo perder ocasión tan peregrina de salvarse de la servidumbre y tal vez de la muerte, había seguido perseverantemente por largo tiempo el rumbo del navío, haciendo incesantes señas para que la recogiesen á bordo, pensando que, de todos modos, con esto se salvaría, ó por lo menos mejoraría de condición. Así fué en realidad, porque Grijalva le dió graciosa acogida, la hizo pasar á su bote, y la llevó á su buque.

CAPITULO X.

Río Lagartos.—Llegada á Campeche.—Desembarque y combate con los indios del cacique Lázaro.—Muerte de Juan de Guetaria.—Tregua y proposiciones de paz.—Pedro de Alvarado y Antonio de Amaya ajustan la paz.—Retirada de Grijalva.

El lunes 17 de Mayo en la tarde, se distinguió perfectamente la tierra, y aun dos edificios blanqueados con cal, en forma como de torres: una muy ancha, y otra semejante á una capillita, como las que se ven de ordinario á la salida de las poblaciones. Pasaron la noche anclados en frente de aquella población, y, al día siguiente por la mañana, emprendieron de nuevo su marcha á la vista de la costa, y tan cerca de la tierra que podían distinguir, desde los navíos, la playa, la vejetación, las poblaciones, los edificios y las mismas diferencias y sinuosidades de la costa. Vieron una pequeña ensenada que parecía formada por dos islas; una punta de tierra que se internaba en el mar; y luego por toda la costa mucha gente; y de noche, muchas humaredas. Al fin anclaron frente á unas playas de arena, perdidos y extraviados de rumbo, porque Antón de Alaminos decía que habían pasado ya de Campeche, y que aquellas no eran sino las de Champotón. Con este dictamen, retrocedieron camino, andando para atrás como seis leguas, de manera que, el 24

de Mayo que notaron su error, se encontraron todavía frente á Río Lagartos; y como estaban muy necesitados de agua, bajaron á tierra á buscarla, aunque en vano, porque, á la par de Hernández de Córdoba, no encontraron sino agua fangosa y no potable. Abatidos por los vanos esfuerzos que practicaron para proveerse de agua, hicieron todo lo posible para llegar en el término más breve á Campeche, y, á la puesta del sol del día 25 de Mayo, surgieron frente á esta población, bastante cerca de ella porque se veía el pueblo y la gente que andaba por la costa. Toda la noche, desde la cubierta de los navíos, oían los españoles en la playa mucho ruido de tambores, atabales y trompetas, lo cual les hacía colegir que los indios estaban en vela. De mal augurio era tan extraordinario estrépito, y así, el capitán Grijalva pasó toda la noche aprestando su gente de desembarque de suerte que, lista al amanecer, pudiese bajar á tierra sin mayor riesgo. Serían como las cuatro de la mañana del día 26 de Mayo, cuando se desprendieron de los buques los botes que llevaban á la tropa, á la cual se dió por consigna no hacer ruido alguno, para que llegasen á la playa sin ser sentidos. Así lo hicieron, y con tanto acierto que pudieron desembarcar tres piezas de artillería y toda la gente de los botes en frente de una casa de piedra que estaba junto á la orilla del mar. Mas no tan pronto los españoles se posesionaron de tierra, cuando salieron de la casa varios indios que en silencio se dirigieron al inmediato pueblo: evidentemente eran centinelas avanzados, y se replegaron para dar aviso del desembarque del enemigo.

Se apresuraron, pues, los españoles á concluir su desembarque; se organizó el campo, poniéndose guardias y centinelas; y se mantuvieron á la defensiva, entretanto los botes activaban la operación del desembarque de la gente, que duró todavía hasta que ya el sol había salido y permitía distinguir la posición de los indios.

Indudablemente estaban en son de guerra. Eran en gran multitud, y estaban armados con arcos, flechas y lanzas; hacían visages y gestos de ira; brincaban, y saltaban, y con ademanes mostraban á los españoles su enojo, como si les amenazaran con que, de no salir de su tierra, les acometerían crudamente. Grijalva, consecuente con las instrucciones de paz que traía, y obedeciendo á su natural carácter inclinado á la clemencia y á la suavidad, les hizo decir á gritos, por el intérprete, que no venía á hacerles mal alguno, sino sólo á tomar agua, pagando su valor. Entendiéronlo los indios, y, acercándose al real de los españoles, expresaron que el cacique les permitía tomar el agua que deseaban; pero que después de tomar cuanta necesitasen, se fuesen; porque si bien ellos querían ser amigos suyos, también ansiaban librarse de su dominación.

La casa de piedra donde los españoles se entraron no era otra cosa sino un templo de ídolos; y, como en Cozumel, quiso Grijalva que, antes de pasar adelante, rezase la misa el Padre Juan Díaz que le acompañaba en la expedición. Grijalva y toda su gente oyeron la misa con toda piedad y atención; y, tan luego se hubo concluído, se movieron para tomar agua en el mismo pozo donde Hernández de Córdoba se había proveído de ella en el viaje pasa-

do. El capitán y su tropa formaron su campo al redor del pozo, para proteger el trabajo de los marineros y grumetes que se ocuparon en llenar las pipas; mas, como esta operación duró todo el día, los indios y los españoles permanecieron recelándose mutuamente. Empezaron los indios por asomarse tímidamente por entre la arboleda del bosque vecino al pozo, siempre armados de sus arcos y flechas; luego venían indios desarmados, y, acercándose al intérprete Julián, le encargaban dijese á los españoles que no querían que por más tiempo permaneciesen en su tierra; y Grijalva les respondía que no se demoraría más tiempo que el que le fuese menester para tomar agua, y que así lo hiciesen presente á su cacique, y que le rogasen en su nombre que viniese á verle. Con palabras tan suaves, tomaron confianza; y, á poco rato, volvieron trayéndole una gallina cocida y muchas vivas, frutas, tortillas, bollos de harina de maíz, y pellas de pozole, lo que Grijalva correspondía haciéndoles donativos de cuentas de vidrio de colores, que á los indios agradaban y caían en gracia tanto, que servían de atractivo para que otros viniesen en solicitud de ellas. Viéndolos el capitán tan confiados, les preguntó si tenían oro; pues que no se olvidaba de que éste era uno de los objetos más recomendados por Diego Velásquez; y aunque los indios se mostraron diligentes en traerle algunas alhajas, no agradaron á Grijalva, porque resultaron ser de cobre dorado. Entretanto, llegó el crepúsculo de la tarde, y, como los indios viesen que los extranjeros no desamparaban el pozo, empezaron á encolerizarse y desesperar de la demora, y aun se mostraron dispuestos

á romper hostilidades; y de seguro hubieran empezado desde luego la pelea, si no hubiera sido porque Grijalva los calmaba y sosegaba, asegurándoles que no llevaba intención de quedarse, y que al día siguiente se marcharía.

En estas y otras alternativas, entró la noche: los indios se retiraron á su pueblo, ó permanecieron cuidando una albarrada que les servía de fortificación avanzada; y estuvieron en vela toda la noche, preparándose para el día siguiente. Al amanecer, los españoles descubrieron que el número de sus adversarios se había multiplicado: no podía dudarse que preparaban un ataque y que este ataque no podía tardar. De la trinchera inmediata salieron dos indios que eran como sacerdotes, y que con las manos hacían ademán de ordenar á los españoles que se fuesen. Luego uno de ellos encendió una antorcha que en la mano llevaba, y la puso sobre una roca, en el intermedio de los dos campos, y, sin hacer otra demostración, volvió atrás con su compañero: era esta ceremonia como plegaria y ofrenda que hacían á sus ídolos para pedirles fortuna en la batalla. Mientras la antorcha ardía, los indios no rompieron las hostilidades, antes parecían amigos: iban y venían de uno á otro campo, y aun obsequiaban al capitán Grijalva con gallinas; pero cuando la antorcha se extinguió, comprendieron los españoles que era llegada la hora de batirse. Prorrumpieron los indios en salvajes alaridos, en gritos y silbidos estrepitosos, y una lluvia de piedras y flechas partió de la floresta y de la trinchera que estaba en frente del campo español. Grijalva recibió serenamente aquella granizada, tan serenamente que ordenó á

su tropa que nadie tirase hasta que lo ordenase; y se tomó el tiempo suficiente para que el escribano hiciese constar, por testimonio auténtico, que sólo iba á batirse en defensa propia. Los soldados estaban frenéticos por pelear; mas él, con pasmosa tranquilidad, les mandó que permaneciesen quietos hasta que la artillería tirase. Así fué, en efecto: mandó dar una descarga de artillería; y luego, la señal de embestir. Los castellanos, contenidos hasta entonces, arremetieron con furia y coraje, é hicieron una gran matanza en los indios, especialmente con el arma blanca: con sus espadas, según dice Las Casas, partían por medio los cuerpos desnudos. Los indios se acogieron á la espesura del bosque; pero allí mismo fueron acosados por los invasores, que peleaban mezclados con ellos cuerpo á cuerpo.

La refriega duró largo tiempo, porque los indios ora emprendían la fuga, ora embestían de nuevo; ya se resguardaban en el bosque, ya acometían á pecho descubierto; y, con esta manera de pelear, hicieron cuarenta heridos de los españoles, entre ellos el capitán Grijalva que sacó un diente de menos, otro quebrado, la lengua cortada y dos heridas más en las piernas. El intrépido Juan de Guetaria que, á impulsos de su valor y arrojo, se había comprometido en lo más intrincado del bosque, fué muerto, curtido á flechazos, que en multitud cayeron sobre él de todos lados. No obstante, como el arrojo y denuedo de los españoles no cejó un punto en la reñida pelea, los indios emprendieron la fuga, y se refugiaron al pueblo cercano, hasta cuyos linderos fueron perseguidos. Tres de las casas más avanzadas comenzaron á incendiarse, y los españoles

hubieran podido entrar á sangre y fuego en toda la población; pero el capitán Grijalva consideró prudente suspender el ataque, y se retiró á su campo, creyendo ya escarmentados á sus adversarios. Y era así, en realidad; porque en la tarde se presentaron comisionados de paz haciendo protestas de amistad en nombre del cacique. Fueron nombrados Pedro de Alvarado y Antonio de Amaya para tratar con los parlamentarios; pero, como al iniciarse la batalla se había considerado discreto embarcar al intérprete Julián, sólo por señas pudieron entenderse. Antonio de Amaya, con gran osadía, se aproximó hasta las trincheras indias, y pudo contemplar á los indios en situación diversa de lo que imaginaba: parecían aterrorizados, y se esmeraban en ofrecerle presentes de gallinas. La paz quedó ajustada, y, como símbolo de ella, el cacique Lázaro envió á Grijalva una menuda máscara de madera labrada cubierta de oro.

Grijalva concluyó su provisión de agua; formó su tropa de tres en fondo, y, á paso de marcha, yendo él al frente, desfiló en torno del pozo, y empezó tranquilamente el embarque de su tropa. Al ponerse el sol, todos los españoles estaban embarcados á bordo de los navíos.¹

¹ Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, tomo I, libro XVII, capítulo XI.—*Itinerario de Grijalva*, en la *Colección de documentos para la Historia de México*, tomo I, pág. 289.—Cogolludo, tomo I, libro I, capítulo III, colocó esta batalla como verificada en Champotón, siguiendo á Bernal Díaz del Castillo, y á Antonio de Herrera en sus *Décadas*.—Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo IV, capítulo CX, opina que la batalla fué en Champotón; pero sin dejar de reconocer que otros historiadores y testigos afirman que tuvo lugar en Campeche.—Landa, en su *Relación de las cosas de Yucatán*, sigue la misma opinión que Las Casas.—Nosotros aceptamos por más verosímil la relación de Fernández de Oviedo, que cuenta con extraordinaria am-